

Accesibilidad urbana, idea de ciudad

Gaia Redaelli

Reflexionar sobre “centros históricos” conlleva evidentemente una reflexión sobre la ciudad. Reflexionar sobre la ciudad es incluir buena parte de la población occidental actual y, en un futuro próximo, la gran mayoría de los ciudadanos mundiales, que se calcula vivirán en unas décadas en conglomerados urbanos. Sin embargo, el concepto de “centro históricos” es ambiguo. En general, se refiere a una zona determinada de la ciudad, con carácter urbano y arquitectónico definido como “antiguo”, y por eso supuestamente de calidad; en la mayoría de la ciudades europeas eso se superpone a los que fueron los núcleos amurallados, arquitectura defensiva cuyo fin es definir un interior y un exterior, delimitar, separar. En otras palabras, el concepto de “centro histórico” tiene normalmente un carácter de tipo espacial.

¿Es la noción de espacio suficiente para observar, interpretar y actuar sobre la ciudad y, sobre todo, para reflejar la vida contemporánea? ¿Es pensable abordar el problema de los centros históricos centrandolo la atención sobre su carácter defensivo-espacial, monumentalizarlo, acentuar la separación con las demás partes de la ciudad para conservarlo? ¿Si hay que enfocar el problema de los centros históricos, cual es el concepto de ciudad donde ubicamos el problema?

Históricamente los núcleos urbanos surgen en lugares estratégicos. El conocido mapa *Itinerarium pictum* del IV siglo antes de Cristo nos indica desde la época romana ese tejido en red de núcleos habitados que conforman el territorio. Cruces, pasos, necesidades defensivas, políticas y comerciales son los principales motivos para definir el lugar donde fundar una ciudad. A su alrededor, la ciudad genera energía, un entramado de relaciones urbanas, comerciales y territoriales.

La noción de tiempo es la que genera, junto a la de espacio, el concepto de área urbana. Área urbana es lo que es accesible al ciudadano en el tiempo de una hora de traslado desde su vivienda al lugar de trabajo. O sea, se considera ciudad el espacio que garantiza al ciudadano la libre y democrática movilidad en su vida cotidiana, dependiendo evidentemente el espacio recorrido del medio de transporte utilizado. En la antigüedad, el caballo recorría en una hora una distancia, donde el viajero encontraba lugares de descanso; hoy, el transporte ferroviario puede garantizar usos de ciudad homogénea – aunque en un espacio discontinuo – en áreas urbanas que incluyen ciudades diferentes, histórica y culturalmente, paisajes cambiantes.

En este sentido, el problema de la vivienda en relación a la colectividad no deja de ser uno

de los principales nudos para definir nuestra idea de ciudad. En la sociedad contemporánea, donde la movilidad, la accesibilidad a la información, pero también al transporte, definen el carácter de flujo de nuestras ciudades y de nuestro espacio cotidiano y mental, una vez más resulta un problema de elección política. El camino a seguir sobre las políticas infraestructurales debe reflexionar sobre la estratégica accesibilidad urbana de los ciudadanos y, por eso, generar una idea de ciudad y definir un área urbana dentro de la cual el tema de los centros históricos asume un enfoque diferente al de su dimensión puramente espacial.

El concepto de metrópoli es un conglomerado que va ampliándose en sus alrededores en un espacio continuo y homogéneo bajo el punto de vista de la ocupación urbana. Es lo que genera los barrios satélites – dormitorios – que separa, aísla, zonifica la ciudad, que se ensancha para englobar territorio – indiferente a la cultura de los lugares. La noción de área urbana reconoce una estructura multipolar de ciudades con una identidad propia que conforman una red histórica potenciada a través de la infraestructura en sus características espaciales, urbanas, sociales, culturales. El concepto de metrópoli va hacia la homogeneidad espacial y cultural. El concepto de área urbana fomenta la diversidad y la integración, conlleva la discontinuidad territorial en un uso homogéneo de ciudad, enfoca las identidades diferentes para crear sinergias.

No es cuestión de velocidad; la red no se perfecciona sobre la velocidad, sino sobre la rapidez de los intercambios. La velocidad une solamente pocos puntos en una misma línea; la rapidez garantiza el policentrismo de la red, que en términos infraestructurales es la optimización del intercambio de medios de transportes para aumentar las posibilidades de uso de ciudad. La accesibilidad al centro histórico en este sistema de red es fundamental para que no se monumentalice, sino que siga formando parte de la vida cotidiana de los ciudadanos. En el centro histórico, la accesibilidad puede garantizar la movilidad y, consecuentemente, vivificar los cascos antiguos a través de la vivienda y contrarrestar de esta forma el fenómeno centrífugo de ocupación indiscriminada del territorio. En este sentido, la transformación del centro será adecuada a su época, encontrará el equilibrio justo entre conservación e innovación, entre historia y contemporaneidad, evitará encerrarse en un exceso de monumentalización, porque estarán los ciudadanos todavía allí a decidir su futuro. Fomentar la iniciativa privada de recuperación de la vivienda y – paralelamente – estructurar una red de lugares de interés colectivo renovando al mismo tiempo el espacio público, puede quizá contribuir a una reconversión de los centros históricos, como ya se ha experimentado en algunas ciudades europeas como Lyon, Oporto o Barcelona.

En esta idea de ciudad, es posible vivir en Cádiz y trabajar en Sevilla o vivir en Sevilla y trabajar en Córdoba; vivir en Milano y trabajar en Pavía o vivir en Bérgamo y trabajar en Brescia; en el espacio-tiempo de una hora. Dos casos de áreas urbanas confrontables, la del policentrismo milanés-lombardo y de la multipolaridad andaluza. En ambos casos,

ciudades con identidad propia histórica, cultural y económicamente, construyen sinergias en el territorio discontinuo. Relacionan identidades y, por eso, entrelazan historia y futuro. Permiten usos de ciudad diferentes y múltiples elecciones de vida del ciudadano. Reconocen y respetan mutuas cualidades. Sólo en ese caso, cuando no nos sentimos agredidos en nuestra identidad, es cuando conseguimos no cerrarnos en ningún espacio amurallado o en ninguna reivindicación regionalista, sino que nos abrimos a compartir identidades diferentes en nuestro espacio-tiempo cotidiano.